

Massena de dividir las tropas, le daban esperanzas de embestir á Almeida y de recobrar sólo por hambre esta plaza, que ya agotaba todas sus provisiones. En esta confianza creyó Wéllington poderse alejar personalmente por algunas semanas, y se encaminó á Badajoz para dirigir por sí mismo las operaciones que iba á emprender hacia este punto.

No correspondían las miras del general inglés de una manera muy exacta á la situación de las cosas en Extremadura y en Castilla la Vieja. Bien se puede hacer memoria de que, apresurándose Massena á poner su ejército en estado de operar de nuevo, se había trasladado personalmente á Salamanca. Por desgracia no estaba allí en su casa como el año antecedente, sino en la de un huésped muy expansivo, muy fecundo en promesas, que se agitaba mucho y hacía poco, no malévolo, sí aspirante á hacerse valer á costa ajena, y que en todo lo que se movía no daba de sí gran cosa. Véase en efecto á qué se reducía el resultado de las promesas del mariscal Bessieres desde que mandaba en las provincias del Norte. De las sumas debidas al ejército de Portugal habían llegado tres millones á Salamanca. En vez de repartírselo á este ejército infortunado, cuyos oficiales tanto necesitaban el dinero, le envió el mariscal Bessieres un millón tan sólo, tomó otro para pagar las provisiones y guardó el tercero para atender, según decía, á los casos imprevistos, comprometiéndose á devolverlo pronto con los recursos que debía recibir de Burgos y Bayona. Y aun si hubiera cumplido lo que anunciaba en premio de este préstamo forzoso, no quedaría sin compensación el perjuicio. Mas véase lo que produjo el millón gastado. Prometido había el mariscal Bessieres diez y ocho mil fanegas de trigo, de las cuales decía tener diez mil en Salamanca, seis mil camino de Ciudad Rodrigo y dos mil próximas á ser entregadas. Al par ofreció medios de transporte para estas provisiones, y además galleta, mulas, caballos, y por último un socorro de ocho á diez mil hombres, entre infantería y caballería, tan luego como aparecieran los ingleses. Pero en vez de diez mil fanegas sólo seis mil estaban juntas en Salamanca y ni una sola camino de Ciudad Rodrigo; no se había oído hablar de las que debían ser entregadas; no había galleta ni transportes ni caballos ni mulas. Por lo que vino á ser el socorro del material, se podía dudar del socorro en hombres. Entretanto Massena, para que pudieran vivir sus tropas, se había visto obligado á dejar que se diseminaran desde las cumbres de sierra de Gata hasta Benavente cerca de Asturias. Temiendo la aparición de los ingleses no hubiera querido que Reynier se alejara hacia el reino de León tanto, ni que el sexto cuerpo se aproximara tanto á las cumbres de sierra de Gata; mas desobedecióle Reynier que, hondamente entristecido por los padecimientos de sus soldados, añadió á la insubordinación palabras poco convenientes: aunque había mandado al general Drouet no abandonar los alrededores de Almeida y de Ciudad Rodrigo, para impedir que fueran bloqueadas estas plazas y privadas de medios de abastecimiento, este general retrocedió hasta Salamanca, mostrándose violentado por la necesidad de sus tropas, aserción desdichadamente verdadera. ¿Qué hacer contra lugartenientes acibarados que apoyaban su desobediencia en la miseria de sus hambrientas tropas?

¿Les había de ajar al frente del ejército por haber querido proporcionarle pan? Tal era la guerra de España, juzgada y dirigida desde París, donde apenas se conocían estas circunstancias y donde se afectaba ignorarlas para ordenar con más holgura movimientos imposibles la mayor parte de las veces.

No obstante, dos poderosas razones inspiraban á Massena el deseo de reconcentrar su ejército, impedir la acometida de Almeida y de Ciudad Rodrigo, cuyos víveres urgía reponer al punto, y caer sobre el ejército inglés, privado de su general en jefe y de parte de su efectivo, haciéndole gran destrozo para restaurar en la península el brillo de las armas de Francia. Con efecto, acababa de saber que lord Wéllington se había dirigido á Badajoz; suponía considerables los destacamentos enviados á Extremadura, y quería hacer que el general británico se arrepintiera de haber juzgado al ejército de Portugal harto ligeramente, no vacilando en alejarse.

Tan luego como esta esperanza iluminó el espíritu de Massena, viósele súbito otro hombre: de todo hizo uso, de las órdenes absolutas donde tenía derecho de mando, de las súplicas donde podía pedir tan sólo, para obtener lo que necesitaba si habían de moverse sus tropas. Consigo hubiera querido poder llevar por lo menos tres mil jinetes, unas treinta bocas de fuego, galleta para quince días y un convoy para Almeida. Con dejar á los ingleses bajo los muros de esta plaza quince ó veinte días, bastaba para obligarla á que se rindiera. Verdad es que Napoleón había autorizado el que se hicieran saltar sus fortificaciones, pero destruirla en presencia del enemigo, repugnaba al orgullo del defensor de Génova, además de que esta operación exigía tiempo. Massena escribió, pues, á sus lugartenientes y al mariscal Bessieres; les expuso los nobles motivos que le animaban, y les rogó que para el 20 de abril estuvieran en disposición de marchar. Algunos días más reclamaron Reynier, Junot, Drouet, Loissón concordés, por no estar repuestos sus caballos y serles imposible proporcionarse de pronto la escasa cantidad de galleta que les hacía falta. El mariscal Bessieres, en vez de alegar francamente la dificultad de ejecutar lo que se le pedía, respondió con nuevas promesas, que estaba seguro de no cumplir, y prodigó al par á Massena las seguridades de adhesión más absoluta.

Entretanto el peligro de las plazas, y sobre todo de Almeida, era grande; se iba á pasar la ocasión, tan fugaz en la guerra, y Massena expidió las órdenes de concentración, comenzando á desconfiar ya de las palabras de Bessieres y no haciendo caso de la resistencia de sus lugartenientes. Gracias al excelente general Thiebault, gobernador de Salamanca, que aún cuando á las órdenes de Bessieres, se aprovechaba de la presencia de Massena para no obedecer á otro; gracias á los fondos tomados del sueldo, se proporcionaron algunos quintales de granos y carne salada para reponer las vítuallas de Almeida, algunos quintales de galleta para alimentar al ejército durante la marcha; y reunido este escaso socorro, decidió Massena introducirlo en la plaza embestida, arrollando á los ingleses. La idea de dar una gran batalla, que á tantos generales, aun insignes, intimidaba, le inflamaba, porque en las grandes crisis respaldaban su golpe de vista superior y su carácter incontrastable. Sus lugartenientes, vencidos por sus órdenes

absolutas, acabaron por reconcentrarse poco á poco detrás del Águeda, que se debía pasar por el puente de Ciudad Rodrigo, para marchar de allí á Almeida, situada, como es sabido, á corta distancia.

Aunque apenas descansados los soldados, enardecía la idea de un choque decisivo con los ingleses. Desembarazados de los débiles ó fatigados, no eran más de cuarenta mil hombres, de los cuales subían á dos mil cuando más los jinetes, pero á la verdad sin iguales. Consigo llevaban unas cuarenta bocas de fuego, porción bien escasa, como que bajaba á menos de la mitad de las proporciones comunes. Reducido á tal número y todo, era capaz este ejército de todos los esfuerzos del heroísmo. Por desgracia, á excepción de Montbrún y de Fournier, jefes de la caballería, los generales no participaban del ardimiento de los soldados. Loissón, aunque valiente, estaba desconcertado por la poca confianza que en él tenía el sexto cuerpo, que había mandado el mariscal Ney, y que no se consolaba de su partida. Junot no se hallaba restablecido de su herida. Reynier, aún no repuesto de las fatigas y agitaciones de la campaña, no tenía alma que rayase á la altura de un gran suceso. Por último Drouet, de tan poca utilidad hasta ahora, acababa de saber que iba á dejar el ejército de Portugal. Con efecto, cuidadoso Napoleón de continuo y más cada día por el ejército de Andalucía, había mandado que el noveno cuerpo cruzara al punto el Guadarrama y el Tajo á fin de encaminarse al Guadiana, ignorando que por llevarle más pronto contra los ingleses, le iba á alejar precisamente del campo de batalla, donde podía contribuir á destruirlos. No obstante, al estrechar á Massena para que le hiciera partir lo más pronto posible, le dejó la facultad de fijar el momento de la partida. Massena ordenó, pues, á Drouet que le siguiera, á lo cual de ningún modo se podía negar como hombre de honor en vísperas de una acción importante; pero no estaba más dispuesto que los otros á hacer un esfuerzo supremo. Además, para muchos oficiales de alta graduación, que habían contado con obtener una licencia al cabo de quince meses de la más difícil campaña, la noticia de una gran batalla era una sorpresa que, sin alarmar su valor, frustraba sus esperanzas de reposo. Los habituados al peligro lo arrostran siempre que conviene, pero á condición de tenerlo fijo en la idea y de tener dispuesta el alma de antemano.

Contando consigo propio Massena y con sus admirables soldados, doblando esta vez todas las voluntades á la suya, encaminóse á Ciudad Rodrigo con treinta y cuatro mil de sus cuarenta mil hombres, por creer necesario dejar la división de Clausel, una de las dos de Junot, en el camino de Salamanca, para conservar sus comunicaciones. Por esta vía había de recibir víveres, municiones y refuerzos. En el momento de partir dirigió algunas palabras amargas al mariscal Bessieres, para decirle que, puesto que le dejaba ir solo contra el enemigo, casi sin pan ni municiones ni caballos, al menos marcharía adelante, descargando sobre los que tan mal le auxiliaban toda la responsabilidad de las consecuencias ante la Francia y el emperador. Por respuesta recibió una nueva carta del mariscal Bessieres tan precisa, que no creyó deber descuidar el socorro que le anunciaba, débil en número, pero precioso en calidad, pues era de mil quinientos jinetes, ochocientos de ellos de

la guardia á las órdenes de Lepic, setecientos de la caballería ligera á las del general Wathier, una batería de seis bocas de fuego con buenos caballos y treinta tiros más para artillería. Tal socorro en el estado en que se hallaba el ejército podía decidir de la suerte de una batalla, y á pesar del temor de dejar á Almeida en peligro y de desaprovechar la coyuntura que la ausencia de Wéllington le ofrecía, Massena adoptó el partido de retardar el movimiento que había resuelto para el 26 de abril hasta 1.º de mayo.

Ya se había dirigido á Ciudad Rodrigo sobre la línea del Águeda: allí empleó el tiempo en revistar á los soldados, tostados por el sol, enflaquecidos por la miseria, pero hechos á la fatiga y al peligro, llenos de orgullo y de confianza. El aspecto de hombres semejantes le inducía á esperar una inmediata é insigne victoria, cuando una noticia, fácil de prever, llegó á aminorar sus esperanzas, sin destruirlas á pesar de todo. Lord Wéllington acababa de retornar á su ejército al rumor de preparativos tan sonados, y aun cuando fuera gran refuerzo la presencia de tal caudillo, Massena, que á nadie tenía por qué temer sobre el campo de batalla, no dió á este regreso más importancia de la que convenía: bien se le alcanzó que el ejército inglés debía estar sobre aviso, reconcentrado y probablemente con refuerzos, pues el general en jefe no debía haber llegado solo; mas no se detuvo ante estas consideraciones, y avanzó convencido de su superioridad personal y de la de sus soldados. Ya el 1.º de mayo iba á partir de Ciudad Rodrigo, sin aguardar siquiera al mariscal Bessieres, á quien no se veía llegar y á quien podía crear una vez más inexacto en el cumplimiento de sus promesas, cuando se le avisó al fin de la aparición de este mariscal á la cabeza de un brillante estado mayor, como era el de la guardia imperial entonces. Bessieres se echó á los brazos de Massena, y éste le recibió cordialmente, pues aun cuando le reputara por ligero, teniale por honrado y sin doblez alguna. Sin embargo, semejaba que el duque de Istria no llevaba consigo á nadie, y Massena le preguntó si iba allí sólo con su espada. Bessieres le tranquilizó anunciando que los mil quinientos jinetes, las seis bocas de fuego y los treinta tiros de artillería llegarían al campo aquella noche, y efectivamente caminaban de Salamanca á Ciudad Rodrigo.

Todos los semblantes brillaron de satisfacción al adquirir la certidumbre de este socorro, y más por la caballería. Resolvióse, pues, aguardar hasta el día siguiente. De los víveres prometidos por el mariscal Bessieres también habían llegado algunos en mil fanegas de trigo, de que se mandó hacer pan sin demora. Aunque no lo tuvieron en abundancia, pudieron las tropas hartar su hambre; mas no convenía detenerlas mucho tiempo en las mismas posiciones, sin obligarlas á que se comieran el convoy destinado para Almeida y cuya introducción era el objeto de la nueva campaña. No menos era necesario economizar las municiones de guerra que las de boca, pues cartuchos de fusilería y de artillería no había más que para una batalla.

Habiendo llegado por la noche el refuerzo del duque de Istria, empleóse hasta la madrugada en distribuir los tiros de la artillería y se dispusieron á romper la marcha al amanecer del 2 de mayo. Por el puente de Ciudad Rodrigo sobre el Águeda desfiló el ejército, or-

denado del modo siguiente: Reynier con el segundo cuerpo tomó la derecha; el octavo á las órdenes de Junot, reducido á la división de Solignac, y el noveno á las órdenes del general Drouet, compuesto de las divisiones de Conroux y de Claparede, ocuparon el centro; el sexto á las órdenes de Loissón, reunido á la caballería del ejército, tomó á la izquierda. A los dragones, húsares y cazadores, que obedecían á Montbrún, se juntaron cerca de setecientos jinetes de caballería ligera, que mandaba el general Wathier y que el mariscal Bessieres había llevado. Así Montbrún mandaba dos mil cuatrocientos caballos, mil de ellos dragones, y mil doscientos húsares y cazadores. Los ochocientos excelentes jinetes de la guardia, que formaban el resto de la caballería llevada por Bessieres, escoltaban el convoy que se debía introducir en Almeida y que consistía en ciento veinte mil raciones de galleta, cien quintales de harina, ochenta de legumbres, ochenta de carne salada, cien mil raciones de aguardiente. Con el refuerzo que al ejército había llegado, contaba muy cerca de treinta y seis mil hombres sobre las armas.

Cruzando el Águeda hallóse las avanzadas inglesas más acá y más allá de un riachuelo llamado el Azava, y detrás del cual se retiraron después de acuchillarles y de cogles algunos hombres nuestra caballería. Su posición verdadera estaba algo más lejos junto á otro río llamado el Dos Casas, bastante hondamente encajonado y ofreciendo uno de los obstáculos de terreno que gustaban de defender los ingleses. Este río, después de correr sólo algunas leguas, se lanza en el Águeda, no sin pasar primero por delante del fuerte de la Concepción, medio destruído el año precedente por nosotros. Detrás de este río se hallaba situado el ejército contrario, compuesto como de cuarenta y tres mil hombres, de los cuales de veintisiete á veintiocho mil eran ingleses, doce mil portugueses y de dos á tres mil españoles á las órdenes del partidario D. Julián. Lord Wéllington, partido de Elvas el 25 de abril, llegado el 28 á su campo, había tomado por sí mismo todas las disposiciones. Situándose detrás del Dos Casas, colocó sobre su derecha y á alguna distancia al hábil guerrillero D. Julián hacia la aldea de Pozo-Velho en las mismas fuentes del Dos Casas, para que avisara de los movimientos que pudieran hacer los franceses por aquel lado. Más cerca hacia su centro, por donde estaba encajonado el Dos Casas, en la aldea de Fuentes de Oñoro, estableció su división ligera á las órdenes del general Crawford, con una porción de tropas portuguesas, y algo detrás tres fuertes divisiones de infantería, la primera á las órdenes del general Spéncer, la tercera á las del general Picton, la séptima á las del general Houston. Este punto de Fuentes de Oñoro era importante porque cubría la principal comunicación de los ingleses con Portugal, es decir, el puente de Castelbón junto al río Coa. Privados de este puente, no les hubiera quedado más que uno por bajo de Almeida, muy insuficiente para un ejército en retirada y sobre todo vivamente perseguido. Este motivo explica por qué lord Wéllington había reunido tantas fuerzas delante y detrás de Fuentes de Oñoro. A su izquierda, cerca de Alameda, en un punto donde el Dos Casas era de tal profundidad que hacía difícil su paso, escalonó la sexta división á las órdenes del general

Campbell; más lejos todavía y formando gancho atrás hacia el fuerte de la Concepción, la quinta á las órdenes del general Dunlop, y por último, el resto de los portugueses á fin de enlazar el fuerte de la Concepción con Almeida. Así, con su derecha reforzada cubría á Fuentes de Oñoro, principal comunicación de su ejército con el Coa, y con su izquierda prolongada abarcaba del fuerte de la Concepción á la plaza de Almeida. Como de una extremidad á otra de este campo de batalla no había más que tres leguas y media, si Massena en vez de ir en derechura contra Fuentes de Oñoro desfilaba por delante para bajar al fuerte de la Concepción y Almeida, podía lord Wéllington pasar el Dos Casas y lanzarse sobre el flanco de los franceses. Verdad es que tales movimientos, muy practicables con el ejército francés, no lo eran tanto con el ejército británico; pero sin tener grandes aspiraciones y sin cruzar el Dos Casas, le era fácil correrse de su derecha á su izquierda, para concentrarse en torno del fuerte de la Concepción, no destruído más que parcialmente y que antes presentaba un sólido apoyo para un día de batalla. Esta posición de Fuentes de Oñoro no ofrecía más que un inconveniente, el de tener detrás un riachuelo muy parecido al de por delante; éste era el Turones y podía ser un peligro ó un nuevo apoyo, según hubiera tiempo de replegarse allí en buen orden ó se llegara de tropel. Tal era la posición detrás de la cual lord Wéllington con su acostumbrada prudencia y su arte en elegir los puntos defensivos había resuelto esperar á los franceses. Aunque muy circunspecto, nuestra falta de triunfos le comenzaba á hacer más osado, y esta vez se aventuraba á aceptar un combate que hubiera podido evitar en rigor. Así había pasado el tiempo en que no quería dar más que las batallas inevitables.

Massena, después de haber pasado la noche del 2 al 3 de mayo algo delante del Azava, tomó posición el 3 por la mañana junto al Dos Casas y enfrente de los ingleses. Reynier por la derecha llegó al Dos Casas frente por frente de Alameda: Solignac, con la sola división del octavo cuerpo, presente en el campo, y Drouet con el noveno, se colocaron en el centro, entre Alameda y Fuentes de Oñoro, un poco detrás del Dos Casas: Loissón con el sexto y Montbrún con la caballería se apostaron enfrente de Fuentes de Oñoro.

Después de reconocer Massena la situación que ocupaba el enemigo, fijó sus ideas: podía elegir entre dos planes, el de desfilarse por su derecha, ejecutando una marcha de flanco delante de lord Wéllington, descender el curso del Dos Casas hasta el fuerte de la Concepción y hacer allí punta sobre Almeida, ó el de atacar por su izquierda la derecha de los ingleses establecida en Fuentes de Oñoro, cortarla de Castelbón y del Coa, arrollarla sobre su centro y sobre su izquierda hasta Almeida, y luego, en fin, precipitarlos á todos juntos sobre el bajo Coa, donde hubiera sido muy penosa su retirada y quizá pudiera sufrir un gran descalabro. Tenía el primer plan la ventaja de conducir á Almeida, probablemente sin batalla, gracias á la prudencia de lord Wéllington; pero el evitar una batalla no era ventaja que anhelase Massena, y además el seguir esta dirección ofrecía el peligro de una marcha de flanco por delante del enemigo, sin contar la probabilidad de encontrar en el fuerte de la Concepción un obstáculo quizá muy difícil de

vencer, de cuyas resultas Massena juzgó el segundo plan preferible con mucho. Atacando de súbito la derecha de los ingleses situada en Fuentes de Oñoro, arrollándola sobre su centro y su izquierda, lanzándola así hacia el bajo Coa, los batía en una dirección bien escogida y hacía muy problemática su retirada: además el abastecimiento de Almeida se seguía como consecuencia fácil y no la más importante á la verdad de la batalla ganada, porque después de una victoria era verosímil que los ingleses fueran repelidos de un golpe hasta Coímbra y aun quizá hasta Lisboa, y que nuestro ejército hallara en los almacenes formados á la espalda de ellos medios para perseguirlos que no tuvo para adelantarse á atacarlos.

Por todas estas razones Massena abrazó en el instante su partido, y el día 3 al mediodía ordenó al general Ferrey, jefe de la tercera división del sexto cuerpo, que atacara á Fuentes de Oñoro, mientras Reynier por la derecha hacía que los ingleses se replegaran sobre Alameda, y mientras Solignac y Drouet abarcaran entre sí las dos partes del ejército situadas en observación hacia el centro.

Con efecto, el 3 á eso de la una de la tarde el general Ferrey, precedido por la caballería ligera del general Fournier, se adelantó por la carretera sobre Fuentes de Oñoro. Fournier, á la cabeza de los regimientos 7.º, 3.º y 20 de cazadores, cargó briosamente á la caballería de los ingleses, así como á su infantería, y repelió á la una y á la otra sobre Fuentes de Oñoro, después de haberles muerto ó cogido unos cien hombres. Barridas así las avanzadas, el general Ferrey con su división de infantería de cerca de tres mil soldados, se adelantó á Fuentes de Oñoro. Esta pequeña aldea de Castilla la Vieja, que vino á ser tan famosa, hállase situada parte más acá y parte más allá del Dos Casas sobre la ladera de una colina. Rodeábala una tapia de fácil defensa y llena de tiradores. Con cuatro batallones de tropas ligeras y el segundo batallón del regimiento 8.º británico ocupaba el coronel inglés Williams á Fuentes de Oñoro. Además de los cercados naturales que hacían poco accesible la aldea, los ingleses habían barreado su principal avenida.

A la cabeza de mil doscientos hombres atacó el general Ferrey á Fuentes de Oñoro, y dejó en reserva su otra brigada de cerca de mil ochocientos. Dada la señal se adelantó á paso de carga sobre la parte de la aldea que está delante del Dos Casas, se apoderó á la bayoneta de todas las barreras levantadas en la principal avenida, y á pesar del fuego de fusilería que partía de todos los puntos, rechazó á los ingleses más allá del Dos Casas y les siguió por la orilla izquierda de este riachuelo.

Allí el coronel Williams fué herido. Atraído lord Wéllington por el fuego de la fusilería condujo refuerzos hacia esta parte, juntando á los cinco batallones del coronel Williams el regimiento 71 británico, é hizo retroceder á los franceses hasta las orillas del Dos Casas. Se disputaron ardorosamente el curso del riachuelo, mas no pudimos señorearle porque mil doscientos hombres se batían contra cuatro ó cinco mil con las desventajas del terreno.

De seguro era una falta, disponiendo de fuerzas bastantes, limitarse á tentar esta posición en vez de embestirla de plano con toda una división y aun con dos y

tomarla antes de que el enemigo reconociera su importancia. A las cinco de la tarde dispuso Massena un segundo ataque más serio, ejecutado por toda la división de Ferrey y una brigada de la división de Marchand. Nueva falta que se cometía, pues estando ya el contrario más sobre aviso, fuera menester atacar á Fuentes de Oñoro con las tres divisiones del sexto cuerpo guiadas por el bravo Loissón, pues á la sazón aún había muchas probabilidades de apoderarse de esta posición á tal de emplear medios suficientes.

El general Ferrey llevó allí su artillería, abrumó á la aldea con sus disparos y luego lanzó contra ella mil quinientos hombres del 26 y del 66; los cuales, superando todos los obstáculos, conquistaron la parte baja de Fuentes de Oñoro, tanto á la izquierda como á la derecha del riachuelo, y se adelantaron hasta el pie de la altura. A impulsos de su ardimiento probaron á trepar con ella: subiendo de cercado en cercado, de casa en casa, llegaron casi hasta la cumbre; mas ya allí, sufrieron terribles fuegos de artillería y fusilería y reconocieron la insuficiencia de su número para tamaña empresa. Lord Wéllington, que había tenido tiempo de llevar una nueva división á este punto, los rechazó palmo á palmo y obligóles, en fin, á desalojar toda la altura. Hasta iba á cogelos por la derecha y á forzarlos á replegarse en desorden sobre la línea del Dos Casas, cuando juntando el general Ferrey las tropas que habían peleado por la mañana y además la legión hannoveriana y un regimiento de la división de Marchand, avanzó á bayoneta calada sobre los ingleses y compelióles á volver á la posición de donde habían bajado. En esta aldea, inundada de sangre y cubierta de ruinas, pernoctaron los ingleses, dueños de la parte alta, y los franceses de la parte baja y de las dos márgenes del Dos Casas. Seiscientos ó setecientos ingleses habían quedado muertos ó heridos en las cercanías de Fuentes de Oñoro, y poco más ó menos igual número de franceses. Harta sangre era la derramada para enseñar á lord Wéllington la importancia del punto que anhelábamos arrebatarle. Delante de Alameda, esto es, á la derecha de Fuentes de Oñoro, con relación á nosotros, Reynier había hecho muy poca cosa, limitándose á tomar esta aldea, que los ingleses no querían defender con empeño porque estaba situada á la derecha del Dos Casas, y les había decidido á retirarse á la orilla izquierda, que era muy escarpada por este punto. Lord Wéllington envió allí sus tropas ligeras, que reemplazó en Fuentes de Oñoro con sus divisiones de la derecha.

Si Massena no tenía la perspicacia superior y pronta, que parece no haber pertenecido más que á Napoleón entre los modernos, al menos se ilustra sobre el campo de batalla, donde la mayor parte de los generales pierden por lo común la previsión que les asiste, y lejos de desalentarse por la dificultad, se obstinaba á su vista y hallaba fuerzas morales allí donde los demás suelen perder las suyas. Después de pasar el día en el campo de batalla de Fuentes de Oñoro, descubrió que, remontándose hacia su izquierda y la derecha de los ingleses, era menos profundo el lecho del Dos Casas, y que allí una especie de llanura ligeramente ondulada formaba la única separación entre nosotros y el enemigo. Supuso, pues, que por aquel lado se podría acometer y hasta girar contra los ingleses, y rechazando su derecha sobre

su centro, su centro sobre su izquierda, efectuar la idea primera y siempre atinada de precipitarles al bajo Coa, quitándoles el camino que guiaba al puente de Castalbón. Con efecto, al día siguiente recorrió todo el frente de los ingleses, descubrió nuevos preparativos de defensa sobre la parte alta de Fuentes de Oñoro, se afirmó en su resolución de buscar más á la izquierda el verdadero punto de ataque, envió á Montbrún de reconocimiento hacia Pozo-Velho, y adquirió la convicción de que hacia nuestra izquierda y allí donde el terreno ligeramente quebrado por el Dos Casas presentaba una llanura casi continua, era el punto por el cual había que atacar á los ingleses y vencerlos.

Por consecuencia, el 4 de mayo por la noche, cuando la obscuridad era bastante para ocultar nuestras maniobras, hizo ejecutar á todo el ejército un movimiento de derecha á izquierda, de Fuentes de Oñoro á Pozo-Velho. Dejó á Reynier delante de Alameda con encargo de ocupar á los ingleses por virtud de un ataque más ó menos vivo según los sucesos.

Dejó al general Ferrey en la parte baja de Fuentes de Oñoro, dándole todo el noveno cuerpo á fin de que le ayudara á tomar esta aldea cuando el progreso hacia Pozo-Velho hiciera la operación practicable. Llevó las divisiones de Marchand y de Mermet del sexto cuerpo, toda la caballería y la división de Solignac del octavo cuerpo (cerca de diez y siete mil hombres de treinta y seis mil) delante del terreno abierto de Pozo-Velho, con orden de hacer un movimiento de conversión á la altura de esta aldea, de plegarse en torno de la derecha de los ingleses, de arrollarla sobre su centro tomando antes á Pozo-Velho, con orden de hacer un movimiento de conversión á la altura de esta aldea, de plegarse en torno de la derecha de los ingleses, de arrollarla sobre su centro tomando antes á Pozo-Velho, después á Fuentes de Oñoro, que se debía atacar por la espalda mientras Ferrey la acometía por el frente, y de continuar este movimiento hasta repeler completamente el ejército británico hacia el bajo Coa. Este plan era excelente, y si la ejecución correspondía á la concepción, debía resultar una insigne victoria. No había que censurar más que las instrucciones dadas á Drouet y á Reynier, pues conviniera no atacar de un modo accesorio á Fuentes de Oñoro y á Alameda durante el movimiento de nuestra izquierda, sino atacarlas vigorosamente, para que atraídos los ingleses á la vez á todas partes, no pudieran ocurrir en masa al socorro de su derecha tan peligrosamente amenazada.

A otro día, 5 de mayo, y muy de madrugada, ya habían terminado las tropas francesas su movimiento. Reynier estaba delante de Alameda extendiendo su izquierda hacia Fuentes de Oñoro. Ferrey ocupaba la parte baja de esta aldea y Drouet estaba detrás de él con el noveno cuerpo y pronto á acudir en su ayuda. Las divisiones de Mermet y de Marchand del sexto cuerpo, toda la caballería menos la de la guardia, dejada algo atrás, estaban á la altura de Pozo-Velho. Servían de reserva la división de Solignac del octavo cuerpo. El ejército, lleno de confianza y enardecido, creía marchar á una victoria.

Lord Wellington, que también se ilustraba en el fuego y no se turbaba nunca, había entrevisto algo de la maniobra de Massena, porque desgraciadamente tuvo

todo el día 4 para adivinar estos movimientos y para adaptar á ellos los suyos. Tranquilo respecto de Alameda, alejó la división ligera que había llevado allí un momento y encaminóla de nuevo á Fuentes de Oñoro. Con la tercera división dejó á Picton sobre las alturas de esta aldea y á Spéncer algo detrás con la primera; envió hacia Pozo-Velho, donde no estaban más que los españoles de D. Julián al principio, la brigada portuguesa de Ashworth, dos batallones ingleses, parte de su caballería y la séptima división del general Houston toda entera. Por último, trasladó á D. Julián aun más á su derecha, situándole en Nave de Avel para explorar á larga distancia. Aun cuando no dejaban de ser grandes estas precauciones tomadas en favor de su derecha, eran insuficientes para resistir á los diez y siete mil hombres que Massena acababa de dirigir en su contra.

A la mañana del 5, el movimiento del ejército francés dió principio desde la aurora. Loissón movióse para marchar hacia Pozo-Velho, las divisiones de Mermet y de Marchand á la cabeza y la división de Solignac de reserva. Tenía á Montbrún á su izquierda con mil dragones y mil cuatrocientos húsares y cazadores. Montbrún quiso aventar á los españoles de D. Julián ante todo, y lanzó contra ellos su caballería ligera. Tornando el general Fournier á Nave de Avel por la izquierda y el general Wathier por la derecha, desalojaron de allí á los españoles, acuchillaron unos ciento y los repelieron más allá del Turones. Después de ejecutar este movimiento prolongado, vino á reunirse á Montbrún la caballería ligera y á colocarse en las alas de la reserva de dragones. Durante este tiempo, plegándose Marchand por su izquierda hacia la aldea de Pozo-Velho, dirigió allí la brigada de Maucune. Esta aldea, rodeada de un bosquecillo, estaba guardada por los portugueses y por parte de la división de Houston. Los soldados de Maucune acometieron vigorosamente á los ingleses, los arrojaron del bosque y los empujaron hacia la aldea, donde entraron á bayoneta calada. Allí hicieron doscientos prisioneros é hirieron ó mataron á unos cien hombres. Los portugueses huyeron en tropel, los ingleses fueron á juntarse á la división de Houston, que se retiraba lentamente cubierta por dos regimientos de caballería, uno hannoveriano y otro inglés, apoyando su derecha en el riachuelo Turones y su izquierda en la división ligera de Crawfurd, que venía en su auxilio. Persiguiendo á los ingleses la brigada de Maucune más allá de la aldea, halló al salir á la caballería de Montbrún que avanzaba al trote largo después de su correría á Nave de Avel. A la vista de la línea inglesa, que protegían dos regimientos de caballería, Montbrún desasosegado de ardimiento, no vacila en entrar en acción y dirige la compañía de preferencia de sus dragones sobre la caballería contraria. Este puñado de hombres, mandado por el capitán Brunel, se arroja bizarramente sobre los escuadrones ingleses y los arrolla sobre la infantería de la división de Houston. Tal carga, ejecutada á los ojos de los soldados de Montbrún y de Maucune, excita en las tropas una especie de entusiasmo y claman por marchar adelante, creyendo ya suya la victoria. Entonces Montbrún quiere cargar á la infantería inglesa, que se halla en un terreno favorable á las maniobras de la caballería, pero que está cubierta por ocho bocas de fuego. Envía á pedir algunas piezas á la batería de la guardia,

pero ésta no puede recibir órdenes más que del mariscal Bessieres, etiqueta de tropas de preferencia ya muy funesta en Wagram. No pudiendo conseguirlas, Montbrún se dirige á Massena, que advertido de esta dificultad, se apresura á enviarle cuatro cañones. Por desgracia ha transcurrido media hora, durante la cual las tropas francesas han tenido tiempo de despechase y las tropas ligeras de Crawfurd de llegar á aquel punto. Finalmente, Montbrún, provisto de la artillería que le hace falta, se adelanta contra la división de Houston, llevando á la cabeza un escuadrón del 5.º de húsares desplegado para ocultar sus cañones, los dragones en el centro y un escuadrón del 11 de cazadores á la derecha, y uno del 12 á la izquierda. Así marcha, haciendo que le precedan unos cien tiradores de la brigada de Whatier á fin de provocar al centro de la línea inglesa. Con efecto, el 51 de su infantería se mueve hacia adelante. Montbrún descubre entonces su artillería y le acribilla con metralla, y después lanza en su contra los cazadores que estaban á nuestras alas. Los dos escuadrones rompen el 51 inglés al galope y acuchillan á sus infantes dispersos. Dado el impulso marchan contra la división de Houston, y continuando en empujarla hacia adelante, se la separa de su artillería, que á poco queda en nuestras manos, cuando aproximándose al barranco de los Turones se sufre casi á boca de jarro el fuego de una línea de tiradores apostados detrás de algunas tapias. Este fuego imprevisto y bien asestado detiene á nuestros jinetes, y la división de Houston, después de haber perdido mucha gente, logra resguardarse detrás del Turones, donde encuentra á D. Julián. En el mismo instante es reemplazada sobre el terreno por la división ligera de Crawfurd, que ha avanzado allí á toda prisa.

Viendo Massena acometida la derecha inglesa y rechazada ya en parte hacia el Turones, ordena al general Loissón que haga avanzar á las divisiones de Marchand y de Mermet para que, desembocando de Pozo-Velho, auxilien el esfuerzo de la caballería y se trasladen seguidamente á Fuentes de Oñoro para tomarlo por la espalda. Continuando este movimiento con brío, debe arrollar á la derecha inglesa sobre su centro, como lo ha discurrido Massena. Entonces, para aprovechar el extraordinario ímpetu de la caballería de Montbrún, lánzala sobre Crawfurd, que á la vista de nuestros jinetes se forma en tres cuadros, con artillería en los trechos de uno á otro.

De resultas Montbrún dispone que el general Fournier haga atacar el cuadro que se descubre á nuestra izquierda con uno de sus regimientos ligeros, y que personalmente eaigna con los otros dos sobre el cuadro del centro, el más importante de todos. Al general Wathier manda que ataque al que se halla á nuestra derecha, mientras él sigue con sus dragones el movimiento de la caballería ligera, pronto á apoyarla en la hora oportuna.

Esta masa de caballería, guiada con fijeza y brío admirables, se adelanta por entre una horrible metralla, que vomita la artillería colocada en los trechos de los cuadros ingleses. Ya á alcance del enemigo, los húsares y los cazadores arrancan al trote y luego atacan al galope. En un abrir y cerrar de ojos el cuadro de la izquierda queda roto; Fournier penetra personalmente en el del centro con sus dos regimientos: se rinden mil

quinientos hombres de infantería inglesa y el coronel Hill entrega su espada. Sólo el cuadro de la derecha, protegido por un pliegue del terreno, se libra del desastre, á pesar de los esfuerzos que el general Wathier hace por romperlo. En este instante nuevas descargas de metralla llueven sobre nuestros jinetes como el granizo. El general Fournier, cuyo caballo es herido, cae á la vista de sus soldados, lo cual produce alguna conmoción entre ellos. De ella se aprovechan los ingleses: parte de los rendidos se dan á la fuga y tornan á romper el fuego; los demás, todavía en número de cuatrocientos ó quinientos, siguen prisioneros. Observando Montbrún los estragos de la metralla y viendo venirle encima toda la caballería inglesa, hace que se replieguen sus caballos ligeros por temor de no tener bastante gente para sustentarlos. Con suma instancia pide la caballería de la guardia y además el apoyo de la infantería.

Testigo de este espectáculo Massena, ya ha enviado un oficial para hacer que se adelanten los ochocientos jinetes de la guardia. ¡Igual contestación que en Wagram! Ni la caballería ni la artillería de la guardia pueden operar más que á las órdenes del mariscal Bessieres, á quien hay que ir á buscar no se sabe dónde por aquel vasto campo de batalla. De consiguiente la guardia permanece inmóvil. Mal dirigida por Loissón, la infantería se ha desviado muy á la derecha, como si su único objeto fuera tomar de revés á Fuentes de Oñoro y como si no debiera también enlazarse con la izquierda de Montbrún para abarcar en su movimiento toda la línea del enemigo. Penetra en los bosques alrededor de Fuentes de Oñoro; se engolfa allí y expulsa á los ingleses; mas llega á un barranco que le separa de Fuentes de Oñoro y se pone á disparar inútilmente contra las tropas de Picton, mientras Ferrey renueva su ataque de la antevíspera.

Entretanto pasan las horas. Montbrún queda sin el apoyo de la guardia, sin el de la infantería, no ha podido renovar su ataque contra la infantería inglesa, que se ha aprovechado de este respiro para rehacerse y entrar en línea de nuevo. Spéncer con la primera división, reuniendo á los portugueses, ha llegado á colocarse al lado de Crawfurd y presenta un frente imponente, apoyado por numerosa artillería y por toda la caballería inglesa. Por su izquierda se enlaza á Picton, que defiende siempre á Fuentes de Oñoro, y por su derecha á la división de Houston, que está al otro lado del Turones.

A la vista de esto Montbrún, después de aguantar las balas y la metralla por largo tiempo, abriga á sus jinetes detrás de un repliegue del terreno, y aguarda así que se vuelva al combate para renovar sus proezas de aquella mañana. Si en este momento Reynier, que no tiene delante más que una división, la de Campbell, atacara vigorosamente á Alameda; si Ferrey, francamente ayudado por Drouet con todo el noveno cuerpo, pudiera arrancar la aldea de Fuentes de Oñoro á la división de Picton, ya muy reducida en número, la batalla quedara ganada, aun después de aflojar el movimiento de la izquierda de los franceses contra la derecha de los ingleses. Mas creyendo Reynier tener delante masas enemigas que no tiene, considerando reservada á otros la tarea de ganar la batalla, se limita á insignificantes disparos. Ferrey ataca violentamente á Fuentes de Oñoro,